bardía, porque el deber exigia que se agrupasen, arrostrando el peligro, al rededor del rey, en lugar de entregarlo á un pueblo rebelde: de imprevision, porque, al seguir la bandera del extranjero para combatir contra su patria, separaban su causa de la de la Francia, y se exponian á la eterna censura de haber expuesto su patria á los mayores peligros simplemente por salvar sus intereses. Si alguna cosa favoreció el triunfo de los jacobinos fué que, para apelar al patriotismo, tuvieron siempre la razon de las guerras extranjeras.» El historiador inglés saca la consecuencia de que la nobleza carecia de toda capacidad política, censura la más sangrienta que puede dirigirse á un partido que decia ser el primer órden del Estado, á la vez que la más merecida: «El número de los emigrados con sus familias se elevaba á cerca de cien mil personas: era la parte más rica y al parecer más influyente de la nacion francesa. Sin embargo, aquella presuntuosa nobleza resultó completamente impotente para luchar contra la energía y el talento del estado llano. Desde el principio hasta el fin de la Revolucion el partido realista no dió muestras más que de irresolucion y vana temeridad.»

Aun no hemos llegado al final del acta de acusacion que los escritores realistas mismos dirigen contra la aristocracia francesa. La página más vergonzosa de su historia es su conducta en tiempo del Imperio. Segun decia, la aristocracia lo habia sacrificado todo por defender la autoridad legítima, la causa de los Borbones. Pues bien, aquellos mismos nobles que habian abandonado á Luis XVI, abandonan á Luis XVIII, en cuanto un soldado afortunado, despues de haber conquistado el poder, les permite volver á Francia: se postran á los piés de aquel que ha usurpado el trono de San Luis y de Enrique IV (habla el abate de Montgaillard), solicitan con afan plazas de lacayos en las antecámaras del nuevo César: ¡le venden sus nombres y su honor! Los emigrados buscan la proteccion de los regicidas, el apoyo y hasta la alianza de los jacobinos que han enviado al cadalso sus familias. Mendigan las plazas de los plebeyos. Se los encuentra donde quiera que hay un emolumento; en las cocinas y en las cuadras de Napoleon, lo mismo que en las oficinas de contribuciones. El duque de Rovigo dice

haber colocado, miéntras fué jefe de la policía general, más de mil quinientos nobles emigrados (1).

Madame de Stael, testigo de aquella degradacion, refiere una frase que pinta perfectamente la raza de los hidalguillos. Se censuraba á un personaje que llevaba un nombre muy distinguido por haberse hecho chambelan, no del emperador ni de la emperatriz, sino de una de las nuevas altezas imperiales: «*¿Qué quereis?* dijo. *Es preciso servir á álguien.*» Los nobles de Francia no servian ya más que para lacayos de la córte. Madame de Stael compara la conducta de la nobleza francesa con la de la aristocracia inglesa. Esta no trató de concitar la Europa contra su patria, y cuando un usurpador se sentó en el trono de los Estuardos, no fué á mendigar destinos en el palacio de Cromwell (2). La aristocracia inglesa ha desempeñado siempre un papel más glorioso en los destinos de Inglaterra: conquistó la libertad, ayudada por el pueblo; al paso que la nobleza de Francia no se distinguió nunca más que por su valor y por su vanidad.

III.

Ahora que conocemos á la nobleza francesa, no nos extrañará el ódio que inspiró á la Revolucion, y se comprenderá que por reaccion contra un régimen de desigualdad que alimentaba tanta jactancia y tanta impotencia, tanta arrogancia y tanta debilidad, los hombres de 1789 hayan buscado primeramente la igualdad absoluta, y despues la república. Se pregunta cómo una nacion, que parecia monárquica por excelencia, ha podido proclamar la república por el voto unánime de todos sus representantes. El antiguo régimen da la respuesta á esta pregunta. Habia en Paris, en el momento en que estalló la Revolucion, un embajador de la jóven república que acababa de constituirse en el nuevo mundo. Jefferson nos dirá qué impresion le produjo un régimen en que dominaba la aristocracia juntamente con el poder real. El 13 de Agos-

(1) MONTGAILLARD, abate, *Historia de Francia, desde fines del reinado de Luis XVI*, t. II, p. 403-405.

(2) MADAME DE STAEL, *Consideraciones sobre la Revolucion francesa*, cuarta parte, c. XI.

to de 1786 escribe á un amigo : «Si álguien consideráre á los reyes, á los nobles ó á los sacerdotes, como fieles guardadores de la felicidad pública, enviadle aquí: ésta es la mejor escuela del universo para curarle de semejante locura. Aquí verá por sus mismos ojos que esas especies de hombres forman una liga odiosa contra la felicidad de la masa de la nacion. La omnipotencia de esta alianza impía no puede demostrarse en ninguna parte mejor que en esta comarca, en donde, á despecho del mejor suelo que existe sobre la tierra, del clima más bello que se encuentra bajo el cielo, el pueblo de carácter más benévolo, más dulce y más amable de que es susceptible la especie humana, rodeado, como he dicho, de tantos beneficios de la naturaleza, se ve abrumado de miserias de toda especie por los reyes, los sacerdotes y los nobles, y nada más que por ellos» (1).

Hé aquí lo que el antiguo régimen habia hecho de la Francia, y este resultado era inevitable. El egoismo marchita cuanto toca, y el antiguo régimen era una coalicion de pasiones egoistas, asociadas para explotar la Francia. Áun en el régimen constitucional, el poder real suele ser á veces un obstáculo por sus sentimientos personales; ciego como está por el cuidado de su conservacion y de su poder, no ve siquiera lo que puede conservarlo; busca un apoyo donde no hay más que debilidad y decrepitud, en una nobleza ignorante é impotente y en un clero que podria figurar ventajosamente entre las momias de Egipto. Sin embargo, la monarquía moderna no existe más que por el pueblo, cuya soberanía está inscrita en nuestras constituciones. ¡Cuál debia ser el egoismo y la ceguedad de los reyes bajo un régimen en que su capricho era la única ley! Escuchemos otra vez á Jefferson, testigo de la decrepitud de aquel régimen.

Habia descontentos en América, hombres á quienes desanimaban los males que acompañan al nacimiento de una sociedad nueva; echaban de ménos el régimen monárquico: «Enviadlos á Europa, escribe Jefferson, el 4 de Agosto de 1787; que examinen de cerca el acompañamiento obligado de la monarquía y se curarán de sus ilusiones. *Si se pudieran poner en un platillo de la balanza todos los inconvenientes que pueden resultar para nosotros de la forma republicana desde el dia de hoy hasta el juicio final, y en el otro todos los males que el gobierno monárquico ocasiona á este país durante una sola semana, este segundo platillo pesaria notablemente más que el primero...* ¡No hay ninguna raza de reyes que haya dado un hombre con sentido comun en veinte generaciones!» Jefferson repite la frase de Homero, «que los reyes son comedores de hombres.» «*Las córtes aman á los pueblos como los lobos á las ovejas*» (1). Lo que dice Jefferson del poder real, lo dice tambien de sus aliados, el clero y la nobleza. Los reyes no pueden comerse por sí solos un grande y magnífico país; necesitan comensales; éstos son los nobles y los curas, y no faltan nunca cuando se los invita; en Francia estas dos castas no formaban más que una, puesto que el alto clero salia de la nobleza, y el clero bajo no tenía más influencia que los pecheros de donde procedia. Aquellos animales voraces absorbian todas las fuerzas de la Francia. Jefferson lo repite literalmente: «Es menester ver cómo el suelo más bello, el mejor clima, el Estado más compacto, el carácter nacional más benévolo, en una palabra, la reunion de todas las ventajas naturales, son insuficientes para impedir que ese azote de la aristocracia convierta la vida en un suplicio para las cuatro quintas partes de los habitantes de este país» (2).

Acabamos de oir á un republicano: para aficionarse á la república, basta con ver de cerca la monarquía. Esto nos explica el advenimiento del régimen republicano en Francia y la preocupacion de la nacion á favor de la igualdad. Los enemigos de la Revolucion, empezando por Burke, le echan en cara el haberlo destruido todo. Estas acusaciones han tenido buena acogida en Inglaterra. Uno de los últimos historiadores ingleses que ha juzgado á la Revolucion, dice que la Asamblea constituyente, al abolir la nobleza y decretar la igualdad en las sucesiones, dió un golpe mortal á la libertad (3). Los escritores ingleses juzgan á la aristocracia

(1) JEFFERSON, *Misceláneas políticas y filosóficas*, traducidas por CONSEIL, tomo I, p. 282.

(1) JEFFERSON, *Misceláneas políticas y filosóficas*, t. I, p. 299, 334.
(2) IDEM, *ibid.*, p. 285.
(3) ALISON, *Historia de la Europa desde la Revolucion francesa*, t. III, página 56.

desde el punto de vista de la Inglaterra. Esta ilusion no es perdonable en un historiador. Si la aristocracia inglesa ha tenido una mision gloriosa en el desenvolvimiento de la libertad, consiste en que no es un cuerpo cerrado, egoista, imbuido en el desden y desprecio de los pecheros; nace, por el contrario, del seno de la nacion. ¿Qué ha representado nunca la nobleza francesa? ¿Qué representaba en 1789?

IV.

¿Se quiere saber lo que preocupaba á los nobles en el momento en que los electores redactaban las instrucciones para sus representantes? En un gran número de cuadernos del primer órden se proponia el establecimiento de *un tribunal heráldico encargado de la revision de los títulos.* ¡ *Un tribunal heráldico* en 1789! No cabe tontería mayor. ¡Y aquellos hombres pretendian gobernar la Francia! La nobleza, tan celosa de sus pergaminos, era al mismo tiempo la más opresiva de las castas. En la célebre noche del 4 de Agosto de 1789 el vizconde de Noailles exclamó: «No es una Constitucion lo que nos han pedido los municipios, sino ante todo la supresion ó la trasformacion de los derechos señoriales.» Sí; lo que hizo popular la Revolucion fué la abolicion del feudalismo; la nacion se levantó contra los abusos feudales. Y ¿quién sostenia aquellos abusos? ¿quién sacaba partido de ellos? ¿quién queria perpetuarlos como la más sagrada de las propiedades? La nobleza. Sin embargo, no son los excesos y los abusos del feudalismo lo que echamos en cara á la aristocracia francesa. La opresion no es más que un mal pasajero. El gran crímen de la nobleza es el haber viciado el espíritu de la nacion. Nos admiramos y nos afligimos al ver cómo un gran pueblo cede á la fuerza, y aclama hoy la república y mañana el imperio. ¿Qué tiene esto de extraño? ¿Cómo ha de tener un pueblo el culto del derecho cuando por espacio de siglos ha sido gobernado por una casta que hacía gala del más insolente desprecio de la ley? Aquí tocamos en lo vivo á una llaga de la nacion francesa; es necesario sondarla sin compasion, á fin de que la responsabilidad recaiga sobre el verdadero culpable. El verdadero culpable es la nobleza.

En 1789 Condorcet escribió en un periódico algunas páginas dirigidas *á los amigos de la libertad acerca de los medios de asegurar su duracion* (1). El filósofo pone el dedo en la llaga que señalamos: presenta á los nobles sobreponiéndose á la ley, áun aquellos que estaban encargados de administrar la justicia. «En todas sus causas tenian medios de eludir las sentencias. El derecho de no pagar sus deudas más que voluntariamente habia llegado á ser una especie de privilegio para los presidentes de los Parlamentos. En los impuestos directos sobre las tierras, todo el que tenía algun valimiento salia bien librado. En nuestros dias se ha visto el ministro obligado á cambiar un intendente por haberse atrevido á imponer un veinteavos sobre la tierra de un primer presidente. Al mismo tiempo que una ejecucion rigurosa hacía vender en pública subasta los muebles del pobre que no habia pagado, apénas si una atenta carta se atrevia á recordar á un gentil hombre un olvido de pago que se suponia involuntario. Las leyes de policía no existian para las personas de influencia. *Este desprecio de las leyes, considerado como una prerogativa de la grandeza, debia naturalmente llegar á ser una pretension de toda la nobleza, toda la magistratura; de suerte que, descendiendo de grado en grado, la obediencia rigorosa de las leyes habia quedado relegada á la última clase del pueblo, y el primer deber de un ciudadano habia llegado á ser la prueba de un estado envilecido por las preocupaciones; estos hierros están rotos, pero era difícil que los que estaban dispensados de las leyes, y aquellos á quienes por desprecio se obligaba á obedecerlas, encontrasen en el fondo de su corazon ese respeto que la razon no tributa más que á leyes iguales y protectoras.*»

¡El respeto á la ley, la sumision á la ley, considerados como un signo de envilecimiento! ¡Las leyes para los pecheros, miéntras los que tenian influencia las violaban, y encontraban en esta violacion el signo de su grandeza! Este régimen duró siglos. ¡Qué profunda desmoralizacion y cuán preñada de funestas consecuencias! En vano, como dice Condorcet, se proclamó la igualdad en 1789. Las clases dominantes despreciaron las leyes nuevas, como habian

(1) *Diario de la Sociedad* de 1789, núm. 10. (*Obras de* CONDORCET, edicion de *Arago*, t. X, p. 177).

despreciado las antiguas; llevaron la insolencia hasta el extremo de atacarlas con las armas en la mano. Y el pueblo, que habia llegado á ser igual de sus señores, ¿qué respeto podia tener á unas leyes que se hacian en su nombre, pero que no siempre eran de su gusto? Se le habia enseñado que la obediencia á las leyes era una señal de servidumbre; se habia visto precisado á obedecer, porque era el más débil; ahora era soberano; por consiguiente, le tocaba no obedecer las leyes. ¡De esta manera demostraba que era libre! ¡Ah, éste era precisamente el mejor medio de no ser nunca digno de la libertad! Condorcet predijo en 1789 lo que sucedió en 1800, lo que se repitió en 1852: «Un pueblo en que el respeto á la ley no es un sentimiento obligatorio para todo el mundo, como el del honor, no puede prometerse conservar la libertad, está condenado á perderla, despues de haber fluctuado más ó ménos tiempo en la anarquía.» La prediccion de Condorcet se ha realizado, y se realizará siempre y donde quiera que no exista el culto del derecho. Nada más natural ni más fatal. Donde no es respetado el derecho, la sociedad está incesantemente á merced de la fuerza. Un motin proclama la república; plántanse árboles de la libertad, y se grita: ¡Viva la República! Al dia siguiente un golpe de Estado derriba la República. Se arrancan los árboles de la libertad y se grita: ¡Viva el Emperador! Y si el Gran Turco fuese el más fuerte, se gritaria: ¡Viva el Gran Turco! No es así como los ingleses y los americanos entienden la libertad. En Inglaterra el respeto á la ley raya en supersticion; esto es un exceso, pero gracias á este exceso, no se ven allí golpes de Estado; nadie piensa siquiera en destruir la ley ó la constitucion por medio de la fuerza. Pudiera creerse que el respeto excesivo de la ley es una traba para el progreso; nada de esto; en Inglaterra el progreso tiene lugar con lentitud, es verdad, pero por lo mismo, con más garantías de duracion.

V.

Ahora se comprenderá el clamor de igualdad que resonó en 1789, lo que tenía de legítimo y lo que tuvo de funesto. Los historiadores franceses dicen que el antiguo régimen habia sido una larga educacion del pueblo en la igualdad. ¡Igualdad falaz! dice un

hombre de 1789: «¡*Todo es igual!* exclama Sièyes. Es decir, que por espíritu de igualdad se ha declarado al estado llano excluido de la manera más depresiva de todos los puestos, de todos los cargos un poco distinguidos!..... ¡*Todo es igual!* ¿Es el espíritu de igualdad el que hace que en todas las cuestiones que ocurren entre un privilegiado y un hombre del pueblo, éste tiene la seguridad de ser impunemente oprimido, precisamente porque para demandar justicia tiene que recurrir á los privilegiados?..... ¡*Todo es igual!* ¿Por qué, pues, los agentes de policía tiemblan al ejercer sus funciones contra el privilegiado, áun contra el que cogen en flagrante delito, al paso que tratan con tanta brutalidad al pobre que no está más que acusado? ¿Por qué los privilegiados, despues de cometer los crímenes más horribles, eluden casi siempre la pena?..... ¡*Todo es igual!* ¿Es por espíritu de igualdad por lo que *degradais* al criminal privilegiado, es decir, que lo haceis volver al órden comun, sin duda para hacerle de este modo *apto* para sufrir el suplicio? ¿Qué diriais si la legislacion, ántes de castigar á un criminal del estado llano, se propusiese expulsarlo de este órden dándole títulos de nobleza? ¡*Todo es igual!* y la ley dicta penas diferentes para el privilegiado y para el que no lo es! Parece que acompaña con ternura al *noble criminal* hasta en el cadalso» (1).

La desigualdad fué la maldicion del antiguo régimen; viciaba todas las relaciones sociales, hasta el santuario de la justicia, donde deberia reinar la santa igualdad. En los campos, la desigualdad se manifestaba en mil vejaciones feudales, cada dia, en cada momento de la vida. No habia un pechero que no hubiese sufrido en sus intereses, en su dignidad, en su orgullo, por la altanería de la nobleza. De aquí la explosion de ódios que estalló en 1789 contra la nobleza. Mirabeau escribe al conde de la Marck: «*La nacion entera* considera *á los nobles en masa* como *sus más implacables enemigos*» (2). Nada es más característico que el epígrafe que aparece al frente del periódico más popular de la Revolucion:

Les grands ne nous paraissent grands

---

(1) SIEYES, *¿Qué es el estado llano?* c. IV, § 4.
(2) MIRABEAU, *Correspondencia con el Conde de la Marck*, t. I, p. 257.

Que parce que nous sommes à genoux.
Levons-nous! (1) (*a*).

Este grito de rebelion resonó en el corazon de todos los pecheros, es decir, de todo el estado llano. Y ¿qué era el estado llano? Todo, respondió el abate Sièyes. ¿Con qué razon, exclama, pretenden los aristócratas retener en la opresion al pueblo? Ya sabemos cuál era este derecho; decian que eran descendientes de los francos que conquistaron la Galia. Este título se volverá contra ellos, y desgraciadamente contra la Francia. Si la conquista es su derecho, responde Sièyes, no hay más que una cuestion de fuerza entre nosotros y la nobleza: «¿Por qué no hemos de rechazar á los bosques de la Franconia á todas esas familias que conservan la loca pretension de proceder de la raza de los conquistadores, y de haber heredado sus derechos de conquista? De este modo depurada la nacion, creo que podrá consolarse de tener que considerarse como compuesta únicamente de descendientes de los galos y de los romanos. En verdad, si tanto empeño hay de distinguir unos nacimientos de otros, ¿no se podria hacer saber á nuestros pobres conciudadanos que el que procede de los galos y de los romanos vale por lo ménos tanto como el que procede de los sicambros, de los welches y otros *salvajes* salidos de los bosques y de los pantanos de la antigua Germania? Sí, se dirá; pero la conquista ha alterado todas las relaciones, y la nobleza de nacimiento ha pasado al campo de los conquistadores. ¡Pues bien! la cuestion está en hacerla pasar al otro lado; el estado llano se hará noble, haciéndose conquistador á su vez» (2).

Hay un abismo de desgracias en estas célebres palabras. Se acrimina por ellas al abate Sièyes. Pero ¿es él quien ha inventado la genealogía que hacía provenir del siglo v la nobleza de Francia? ¿Ha sido él el primero en presentar la sociedad francesa como un campo de batalla, en el cual de una parte habia algunos millares de vencedores explotando insolentemente su victoria, y de la otra parte la masa de la nacion hollada, oprimida, so pretexto de haber sido vencida? ¡Si la sociedad es un estado de guerra, segun pretendian los aristócratas, el imperio corresponde al más fuerte! Si los conquistados llegan á ser conquistadores, disfrutarán de su victoria, como ántes lo habian hecho los aristócratas. Y de conquista en conquista, ¿qué será de la Francia? Una nacion que no reconoce más que un derecho, la fuerza, está á merced de la anarquía, y la anarquía atrae fatalmente al despotismo. Este es el gran crímen de la aristocracia francesa.

(1) *Las Revoluciones de Paris.*
(*a*) Los grandes no nos parecen grandes, sino porque estamos de rodillas. ¡Levantémonos!
(2) SIEYES, *¿Qué es el estado llano?* c. II.

El libro del abate Sièyes ha hecho olvidar los innumerables folletos que inundaron la Francia en 1789. Citarémos algunos; dan á conocer el estado de la Francia mejor que las brillantes discusiones de la Asamblea nacional. Hé aquí un escritor que llama á *las armas* é invita á la nacion á armarse contra la nobleza: «Frívolos parisienses, dice, acudís con afan á los espectáculos, á los juegos, miéntras vuestros enemigos trabajan por hacer más pesadas vuestras cadenas..... Cobardes, salid de esa vergonzosa apatía, de esa insensibilidad que raya en criminal: *levantaos contra el clero, la nobleza, la magistratura.* Oidles reclamar sus privilegios, cuando la mayor parte de la nacion está en la miseria..... Os lo repito: *el clero, la nobleza, la magistratura se han coaligado contra vosotros; no cederán sino á la fuerza.* Sois DIEZ Y SEIS CONTRA UNO. ¿Os dejaréis subyugar por vuestros *tiranos*, por vuestros *opresores*, *que son cien veces más débiles, que son incapaces de luchar contra vosotros?* VUESTRA MULTITUD LOS APLASTARIA» (1).

De suerte que los *nobles* son *tiranos*, *opresores;* y entre los nobles se cuentan todos los que más ó ménos de cerca pertenecen á los órdenes privilegiados. Se excita al estado llano á que sacuda el yugo. No es por el camino pacífico de una reforma política como ha de poner fin á la opresion secular que pesa sobre él, porque los tiranos no cederán sino ante la fuerza. Pero cuenten los oprimidos sus enemigos, son *diez y seis contra uno; los aplastarán.* Y ¿cuál será el resultado de la victoria? ¿Serán sus derechos? ¡Se trata ciertamente de derechos! La nacion se levanta en nombre de la *miseria;* tiene enfrente de sí á los *ricos*, unos cien mil, los *aplastará*, y los despojos de los vencidos pasarán á los vencedores. Hé

(1) BAUDOT, *La Francia ántes de la Revolucion*, p. 341.

aquí la rebelion que se agita en las profundidades de la sociedad. Recorred las calles de París por la mañana, á la hora en que los obreros van al trabajo, y principalmente el barrio de los Mercados; á cada paso encontraréis una hoja de papel doblada en cuatro dobleces. Los obreros la recogen, y ¿qué leen en ella? Es un *aviso* dirigido á los *hombres de bien:* «Bravos parisienses, *contad vuestras fuerzas*, no os dejeis dominar por esos *parlamentos*, esa *nobleza* y ese *clero*, que no son *más que un puñado, y con los que no teneis ni para almorzar*» (1).

Es el libro de Sieyes traducido al lenguaje de los mercados. ¿De quién es la culpa? repetimos, y ¿sobre quién debe caer la responsabilidad? ¿Se equivocaban los folletistas al decir que los nobles y los sacerdotes eran los enemigos irreconciliables del pueblo? ¿Se equivocaban al predecir que los opresores no cederian más que á la fuerza? Pasan algunos meses, y se ven los caminos cubiertos de emigrantes. ¿Quiénes son? Los privilegiados, nobles y obispos. ¿Qué van á hacer á orillas del Rhin? Preparar la guerra contra su patria, excitar á los enemigos de la Francia á llevarla á sangre y fuego. ¿Cuál es el objeto de aquella guerra impía? La restauracion de los privilegios correspondientes á los antiguos conquistadores de las Galias; reivindican su propiedad. Es decir, que la explotacion de un gran pueblo es un derecho, una propiedad. ¿Por qué el pueblo, si es el más fuerte, no se ha de apoderar á su vez de los bienes de los nobles y del clero? Su derecho es el mismo, la fuerza; no hará más que seguir el ejemplo que le han dado sus señores.

En 1789 apareció un folleto, cuyo simple título era ya incendiario: «*El Primer toque de Vísperas. Aviso á la Cámara de los Comunes sobre la retirada de los privilegiados.*» ¿Qué entendia el autor por *el primer toque de Vísperas?* ¿No era la *campana que tocaba á rebato* contra los *privilegiados*? ¿no era esta *campana* una provocacion á otras *vísperas sicilianas?* El tono del folleto corresponde á su título; rebosa cólera y ódio: «Entre los *numerosos azotes* con que el cielo afligió á este desgraciado país, no lo ha habido nunca tan *cruel* como *la aristocracia de los nobles* nacidos entre los *desórdenes* de un

(1) BAUDOT, *La Francia ántes de la Revolucion*, p. 343.

gobierno *bárbaro*. Apénas registra siglos la historia que no hayan sido señalados por su *furor*. Primeramente *los nobles han esclavizado á los pueblos*. Despues han derribado el trono y *desmembrado el imperio*. Por último, habiéndoles quitado la fuerza lo que en otro tiempo habian tomado por la fuerza, han cambiado sus baterías y entregado la nacion al *usurpador* para entrar á la parte con él. Así es que no hay nada *más duro, más altanero, más implacable* que esa *turba de aristócratas.*» Como se ve, el que habla es un hombre ilustrado y se dirige á personas ilustradas, puesto que persigue á la nobleza hasta en la historia; acrimina á la aristocracia feudal por haber en otro tiempo destruido el poder real. Pues bien, este hombre ilustrado es tan apasionado, tan rencoroso, como los folletistas de baja estofa, que lanzaban sus escritos por las calles como una mecha encendida en un monton de pólvora: «¡*Oh, nobles, cuánto os ódio! La nobleza es una lepra extendida por todo el cuerpo político,* al cual ataca en todas sus partes; porque en la córte, en el ejército, en los tribunales, *la nobleza nos aniquila y nos ultraja;* porque en todas partes la *nobleza usurpa ó altera los derechos del ciudadano;* porque, en fin, no hay que esperar reforma ni regeneracion *miéntras subsista la nobleza.*» ¿Qué quiere, pues, *el primer toque de vísperas?* La destruccion de la nobleza. Para expresar su idea con toda la energía posible, el autor recurre á una imágen depresiva: «Es una mezcla de *orgullo* y de bajeza, de *astucia* y de *impudencia*, que hacia decir al célebre de S..... «Adherida al cuerpo de la nacion á quien sangra, la nobleza se asemeja á esos *insectos odiosos que, pegados al cuerpo del hombre, no ponen fin á sus hostilidades más que con su vida.*» El folletista añade: «*Simple y enérgica alusion,* que deberia hacerles comprender que *cuando el insecto llega á ser inoportuno la mejor manera de librarse de él es* APLASTARLO» (1).

El grito de muerte resuena en todos los labios, porque el ódio está en todos los corazones. En el mismo año de 1789 apareció un libro titulado: DESTRUCCION TOTAL *de la nobleza hereditaria, ó Representacion urgente á la Asamblea nacional.* El autor estampó en él esta frase que contiene en esencia todos los extravíos de la Re-

(1) *El Primer toque de Vísperas*, (1789), p. 10.

volucion: «LA FELICIDAD *depende de la* IGUALDAD.» Las primeras palabras caracterizan los deseos de la nacion; ésta apénas pensaba en la libertad; queria un desquiciamiento de las condiciones sociales: «La Revolucion ha dado una vuelta, y *los que se hallaban encumbrados, se ven sumidos en la nada.* Esta *Revolucion afortunada* hace de la *nobleza un título vano*, tal como debe ser á los ojos de los hombres verdaderamente filósofos. Así es que ya es tiempo de que todos los distritos de París, todas las ciudades y bailíos del reino hagan pedir *unánimemente* por medio de sus diputados en la Asamblea nacional, que se establezca como *ley fundamental de la Francia*, que no hay ya en lo sucesivo nobleza hereditaria, visto que este *privilegio* EXECRABLE es diametralmente opuesto á la razon, á los derechos de los ciudadanos; visto que esta *distincion* MONSTRUOSA ha sido y sería siempre el orígen de todas las *tiranías* y de todas las *injusticias* respecto de la nacion, así como causa de todas las *cábalas* y de todas las *intrigas* que se *traman para sorprender la religion del rey.*» ¡No parece que la nobleza es el principio de todos los males, y que basta abolirla para conseguir la felicidad! Y ¿qué es de la libertad? En 1789 no se separaba la igualdad de la libertad, pero solamente las personas ilustradas comprendian la verdadera libertad. En cuanto á las masas, decian, como el autor del libro que hemos citado, que la *felicidad consiste en la igualdad.* El hombre no puede aspirar más que á ser feliz. Si consigue el paraíso en esta tierra por medio de la igualdad, ¿para qué quiere la libertad? Escuchemos al folletista de París: «Nosotros hemos creado nuestra libertad; hemos hecho en veinte y cuatro horas lo que los ingleses han hecho en el largo espacio de un siglo. Tengamos presente *que la libertad, esa hija del cielo, no prospera sino con la igualdad*; reine, pues, esta *libertad social* entre todos los franceses, como reina legalmente en la Asamblea nacional, *á fin de que no exista más distincion entre los súbditos del mismo rey, entre todos los hijos del mismo padre, que la del mérito y del talento personal.*»

Esto es claro; es, pues, evidente que si la nacion queria la *libertad*, si la saludaba como *hija del cielo*, es porque veia en ella ante todo la *igualdad social.* Y no solamente las clases ilustradas participaban de estas ideas. Los habitantes de los campos no leian

los folletos por la sencilla razon de que sus guías espirituales habian cuidado de dejarlos sumidos en la más crasa ignorancia. Sin embargo, apénas la Revolucion ha estallado en París, los habitantes de los pueblos atacan á los nobles. Es una nueva *Jacquería*, pero esta vez los *Jacques* son los señores. Herederos de la miseria de los siervos y de los villanos, habian heredado su pasion de venganza; esta herencia habia crecido con los siglos. Si los *Jacques* en 1789 eran pobres de bienes, eran ricos de ódio acumulado de generacion en generacion. Es necesario asistir á las escenas espantosas que tuvieron lugar en las provincias para saber lo que el pueblo de éstas entendia por Revolucion. Las pocas palabras pronunciadas durante la célebre noche del 4 de Agosto no bastan para hacernos comprender las cóleras que fermentaban en las masas. Escuchemos á un contemporáneo:

«Se alimentaba el furor del pueblo con estampas expuestas con profusion en todos los sitios públicos á las miradas de la multitud. Habian sido ya quemados *ciento cincuenta castillos* en el Franco-Condado, el Mâconnais, el Beaujolais. *El incendio amenazaba consumir todas las propiedades...* ¿Hablaré de las *muertes, de las atrocidades cometidas contra los nobles?...* ¡M. de Baras, *despedazado delante de su mujer á punto de parir!* ¡M. de Montesson, fusilado, *despues de haber visto degollar á su suegro!* ¡Un gentil hombre *paralítico, abandonado sobre una hoguera!* ¡Otro, *á quien se queman los piés*, para hacerle entregar sus títulos feudales! ¡*Madame* de Bertilhac, obligada, *con el hacha pendiente sobre su cabeza*, á entregar sus tierras! ¡La *princesa* de Listenois, obligada á la misma entrega, *con la horquilla al cuello, y sus dos hijas desmayadas á sus piés!* ¡*El marqués* de Tremard, *anciano enfermo, arrojado de noche de su castillo*, perseguido de ciudad en ciudad, y llegando á Basilea, casi moribundo, con sus hijas desconsoladas! ¡El *conde* de Montessu y su *mujer*, *con la pistola al pecho durante tres horas, pidiendo por favor la muerte, arrancados de su coche para ser arrojados en un estanque!* ¡El *baron* de Montjustin, *colgado dentro de un pozo y oyendo deliberar si le dejarian caer ó le harian perecer de alguna otra manera!* ¡La *condesa* d'Allemand, la *duquesa* de Clermont-Tonnerre, *ultrajadas!* ¡El *caballero* d'Ambli, *metido en estiércol despues de haberle arrancado las cejas y los cabellos*, *miéntras*